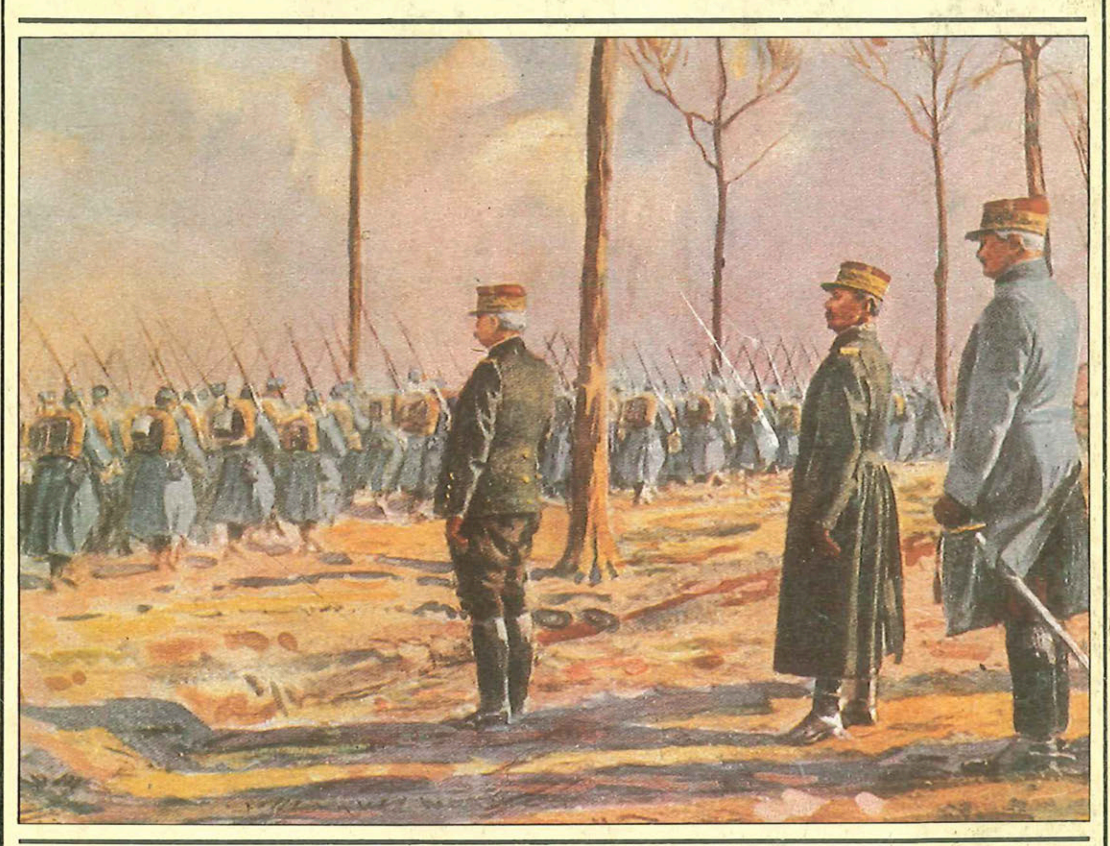
CUADERNOS
historia 16

La I Guerra Mundial (y 2)

Julio Gil Pecharromán



36

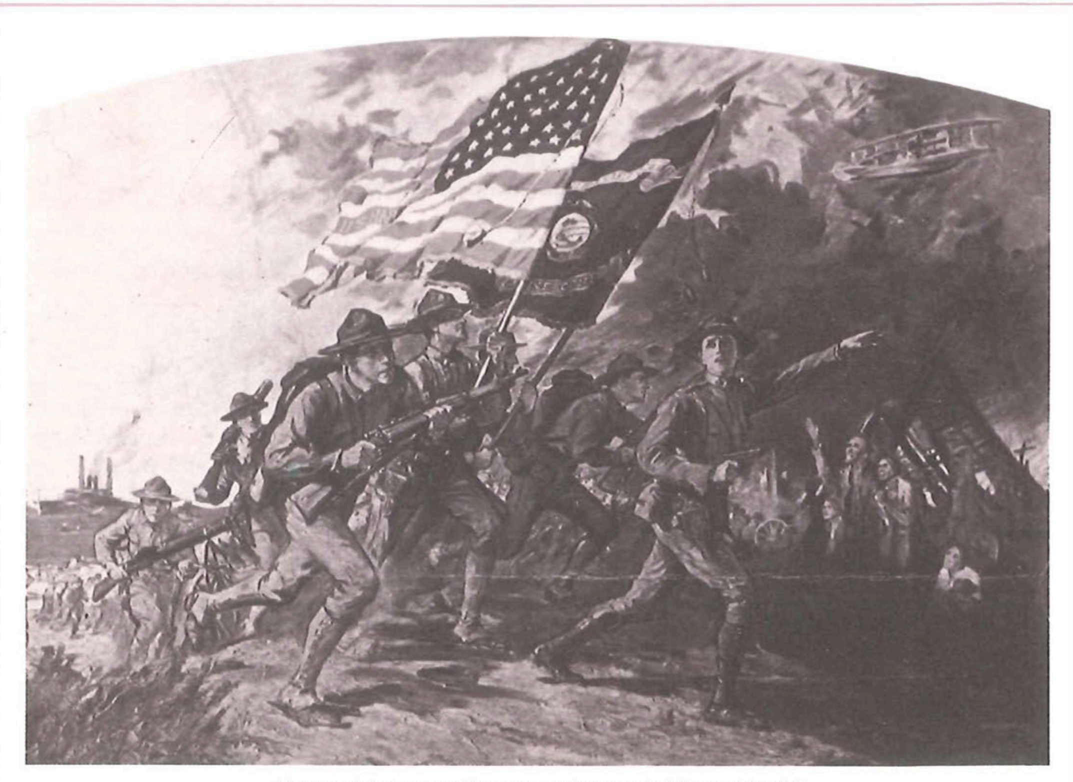
140 ptas

CUADERNOS
historia 16

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.
VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.
DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.
DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.
DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
REDACCION: Asunción Doménech y Manuel Longares.
COLABORACION ESPECIAL: José M.ª Solé Mariño.
SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.º 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Barcelona: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: 218 50 16 y 218 50 66.

DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfs.: 268 04 03 - 02.
DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.
PUBLICIDAD MADRID: Adriana González. Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Cataluña: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: (93) 237 70 00, 237 66 50 ó 218 50 16.
Zona Norte: Alejandro Vicente. Avda. del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Tel. (94) 435 77 86.
IMPRIME: Raycar, S. A. Matilde Hernández, 27. 28019 Madrid.
DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avda. Valdelaparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).
ISBN 84-85229-76-2, obra completa.
ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.
ISBN 84-7679-016-3. Tomo V
Depósito legal: M. 41.536. – 1985.



Alegoría de la intervención norteamericana en la I Guerra Mundial

Indice

LA I GUERRA MUNDIAL (y 2)

La I Guerra Mundial (y 2)

Por Julio Gil Pecharromán
Historiador. Profesor de Historia Contemporánea.
Universidad Complutense de Madrid

El frente oriental

Si la inamovilidad de las líneas y el fracaso de las grandes ofensivas fue la tónica dominante en el frente occidental, en el largo frente ruso las cosas se desarrollaron de muy distinta manera durante el bienio 1915-16.

Al contrario que en Francia, los austroalemanes concluyeron el año 1914 en medio de una ofensiva generalizada. Aunque los rusos ocupaban todavía Galitzia y frenaron en diciembre la penetración alemana hacia Varsovia, el Ejército germano no había perdido la iniciativa conseguida en *Tannenberg* y era muy superior al ruso en calidad y armamento. Además, una vez que Falkenhayn renunció a la guerra ofensiva en occidente estuvo en condiciones de enviar nuevos refuerzos —25 divisiones— a Hindenburg.

Con la llegada de la primavera se reanudaron las operaciones. El 2 de mayo, una masa de 30 divisiones alemanas se puso en marcha en los límites de la Polonia rusa. Las tropas zaristas estaban deficientemente equipadas y su Estado Mayor, convencido de la inutilidad de toda resistencia, ordenó su repliegue tras el Vístula.

En el sur, los austro-húngaros pasaron también al ataque y antes de la llegada del verano habían infligido una seria derrota a los rusos en *Gorlitz* (27 de abril) y recuperada casi toda la Galitzia, incluidas las ciudades de Lemberg y Przemysl. Sólo la entrada en guerra de Italia obligó a los austriacos a ceder en su presión sobre la zona.

En el mes de julio los alemanes intentaron completar el aniquilamiento de las fuerzas enemigas. Por el norte, cruzaron el río Narev en dirección a Varsovia; en el sector central progresaron hacia Ivangorod con la intención de cruzar el Vístula y rodear a los rusos en las inmediaciones de Varsovia.

La operación conoció un fracaso parcial: las unidades rusas pudieron escapar antes de que el cerco se cerrase, pero aun así, Varsovia y la mayor parte de la Polonia rusa cayeron en manos de las tropas de Hindenburg.

Inmediatamente, sin conceder tregua al adversario, los alemanes atacaron en el norte, en los países bálticos. El 8 de agosto los germanos cruzaron el Niemen y se extendieron por Lituania. Kovno, Vilna y otras importantes ciudades cayeron en su poder antes de que los rusos pudieran improvisar una línea defensiva, que, atravesando los pantanos del Pripet, iba desde Riga a Tarnopol.

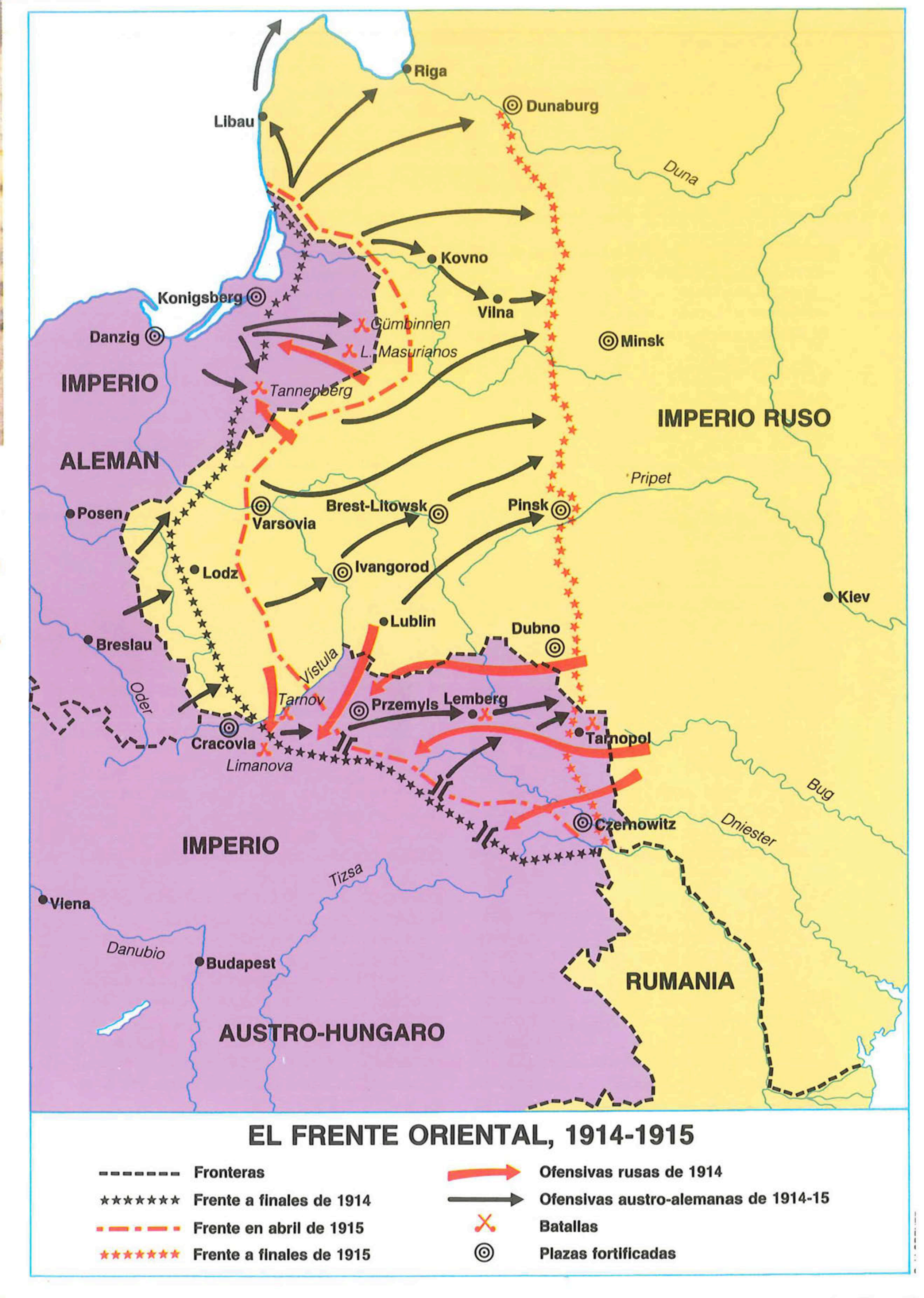
Al finalizar el año 1915, los rusos habían perdido casi dos millones de hombres entre muertos, heridos y prisioneros. El frente se introducía peligrosamente en el seno del Imperio y el fracaso del intento franco-británico de forzar el bloqueo a Rusia mediante el ataque a los Dardanelos, hacía aún más crítica la situación.

Si los rusos no conocieron un desastre mayor en el otoño de 1915 fue porque la activación del frente balcánico desvió hacia allí —como antes hacia Italia— a una gran cantidad de tropas austro-húngaras, a las que no mucho después tuvieron que unirse importantes contingentes alemanes.

La zona balcánica cobró importancia estratégica a raíz de la entrada de Turquía en la guerra. Ya vimos cómo los franco-británicos creyeron encontrar uno de los *puntos débiles* del enemigo en los Dardanelos.

El fracaso de esta operación y la presión austriaca sobre Serbia aconsejaban buscar nuevos aliados en la península. Por su parte, también las Potencias Centrales se mostraban interesadas en encontrar colaboradores entre los pueblos balcánicos, con vistas a una acción conjunta contra los serbios.

Griegos y rumanos se mantuvieron apartados del conflicto durante el año 1915. En Grecia, el rey Constantino era ferviente partidario de la neutralidad, mientras que su primer ministro, Venizelos, era un convencido aliadófilo. En Rumania, pese al anhelo nacional de *liberar* del dominio austro-húngaro la región de Transilvania, así como la Bukovina y el Banato, los reveses rusos aconsejaban al jefe del Gobierno, Bratianu,



EL FRENTE ORIENTAL, 1914-1915

un máximo de prudencia, sobre todo cuando sus vecinos meridionales, los búlgaros, tomaban ostentosamente partido por los Imperios Centrales.

Bulgaria ocupaba un lugar clave en los Balcanes. Situada a espaldas de Serbia y de Turquía, su entrada en la guerra podía suponer un giro de la misma. Humillados tras la *Segunda Guerra Balcánica* y rapiñados por sus vecinos, los búlgaros se habían ido acercando a los austro-alemanes conforme se alejaban de los rusos.

A lo largo de 1915, el Gobierno de Sofía recibió toda suerte de incitaciones. Los países de la Entente le ofrecían algunas zonas de la Turquía europea y, de un modo lógicamente condicionado, las zonas de Macedonia que controlaban sus aliados serbios. Los austro-alemanes ofrecían lo mismo, pero de un modo seguro e inmediato.

El rey Fernando terminó inclinándose por esta última solución. Tras la batalla de los Dardanelos y el desastre ruso en Polonia y Galitzia, los búlgaros ya no dudaron. El 21 de septiembre se decretó la movilización y el 5 de octubre se entró en la guerra.

Aliviados en el frente oriental por sus victorias del verano y alentados por la entrada en combate de los búlgaros, los austriacos se lanzaron sobre Serbia a comienzos de octubre. Atacados por el norte y por el este, los serbios no pudieron oponer una resistencia eficaz ante la invasión austro-búlgara.

Los restos de su Ejército, encabezados por el anciano rey Pedro y acompañados por buena parte de la población civil, emprendieron una penosa retirada hacia el puerto de Valona, en Albania, que habían ocupado los italianos. Los franceses, violando la neutralidad griega, ocuparon la isla de Corfú y acogieron allí a los refugiados del pequeño reino.

La guerra en los Balcanes hubiera terminado aquí si Venizelos no hubiera autorizado —contra el parecer del rey Constantino— el desembarco de un cuerpo expedicionario francés en *Salónica* (septiembre de 1915). Austriacos y búlgaros tuvieron que acudir a taponar la nueva brecha. De este modo, desde el territorio neutral de Grecia, los aliados estaban en condiciones de mantener un foco de resistencia que terminaría siendo fatal para sus adversarios.

El año 1916 trajo un cambio en la orientación de la guerra en el este. Conforme a lo acordado en Chantilly, los rusos planearon una ofensiva para la primavera. Aprovechando la dispersión de los esfuerzos del enemigo, comprometido en Francia, Italia y Macedonia, y tras haber sido considerablemente reforzado en hombres y material, el Ejército zarista había mejorado paulatinamente sus perspectivas.

La ofensiva debía coincidir, o preceder ligeramente, al ataque italiano en el *Isonzo* y al anglo-francés en el *Somme*. El resultado de este esfuerzo coordinado —que finalmente no dio fruto— sería el derrumbamiento militar del enemigo.

El 22 de mayo, cuatro cuerpos del Ejército ruso, dirigidos por el general Brusilov, desencadenaron una ofensiva en un sector de 150 kilómetros de ancho, con la ciudad polaca de *Luck* como eje del ataque. El debilitado Ejército austro-húngaro no pudo resistir la embestida: en pocos días tuvo que retroceder un centenar de kilómetros.

Ante la amenaza para su flanco derecho, Hindenburg envió apresuradamente a su VIII ejército en socorro de sus aliados. Durante todo el mes de julio las dos fuerzas se mantuvieron en un cierto equilibrio. Los alemanes fueron rechazados con graves pérdidas en el río *Stockod,* pero los rusos no lograron franquear los Cárpatos. La partida quedó definitivamente en tablas.

Aun así, la *ofensiva Brusilov* consiguió importantes resultados: contribuyó a detener los ataques adversarios en Verdún, en el Trentino y en Macedonia, alivió la presión germana en el norte de su propio frente y decidió la entrada de Rumania en guerra al lado de la Entente.

Los rumanos, en efecto, creyeron que la recuperación rusa era mucho más profunda de lo que luego demostró ser. Bratianu decidió que era el momento de ocupar las tierras que su pueblo consideraba propias y el 27 de agosto, previo un acuerdo con los gobiernos de la Entente, Rumania declaró la guerra a los Imperios Centrales.

La apertura de un nuevo frente, tres meses después de su desastre en Galitzia, estuvo a punto de colapsar al Ejército austrohúngaro, que perdió grandes zonas de Transilvania. Pero para entonces los rusos habían cedido ya casi todo su empuje y a comienzos del otoño, Falkenhayn se encontró en condiciones de acudir, una vez más, en socorro de sus aliados.

Los austro-alemanes del general August von Mackensen por el norte y el oeste y los búlgaros y turcos por el sur, derrotaron la tenaz resistencia del Ejército rumano. El 29 de noviembre, Mackensen hizo su entrada en Bucarest. A finales de año las tropas



Fernando de Rumania



Artillería rumana a comienzos de la guerra

rumanas sólo conservaban una pequeña porción de su territorio, en la zona de Moldavia frontera con Rusia, y el frente del este se extendía ininterrumpido entre el golfo de Riga y la desembocadura del río Danubio.

Si los Imperios Centrales tenían algún punto flaco, ese era, *a priori*, la situación de su aliado, el Imperio otomano. El viejo Estado turco vivía una prolongada crisis de descomposición y las últimas derrotas militares no hacían presagiar nada bueno. Además, sus extensas fronteras limitaban en amplios sectores con territorios dominados por rusos y británicos y en el interior del Imperio las minorías cristianas —los armenios, sobre todo— podían convertirse en una peligrosa *quinta columna*.

Un peligro que no escapaba a la consideración de rusos e ingleses era la influencia que la autoridad religiosa del sultán otomano pudiera ejercer sobre los pueblos musulmanes que les estaban sometidos. Tal posibilidad, que también fue tenida en cuenta por los alemanes, no fue nunca una realidad, si se excluye el levantamiento sesussi en la Tripolitania italiana o los episódicos disturbios antibritánicos en la India y antirusos en el Turquestán y Georgia.

Sin embargo, empujó a los ingleses a anexionarse la isla de Chipre y a establecer un protectorado en Egipto antes de que terminase 1914 y propició luego la intervención rusa en el norte de Persia.

En sentido inverso, la actividad de los agentes zaristas entre la población armenia sometida a los turcos propició las terribles deportaciones y matanzas de 1915-16, en las que poblaciones enteras fueron masacradas por los otomanos en el curso de una represión genocida.

Durante los primeros meses de su intervención en la guerra, los turcos desplegaron una gran actividad en el frente caucásico. Los planes del generalísimo turco, Enver Pachá, eran tan ambiciosos como irrealizables.

Entusiasmado por la idea *panturania* —unión de todos los pueblos de origen turco—, proyectaba atravesar el Cáucaso y, a través de las estepas del sur de Rusia, llegar al Asia central y unir a su causa a los pueblos de origen turco y mongol que estaban integrados en el Imperio ruso.

El escenario turco

Contra el parecer de sus consejeros alemanes, Enver hizo avanzar hacia la Armenia rusa a dos de sus mejores cuerpos de ejército. Un tercero, más al este, debía dirigirse hacia Tiflis.

En pleno mes de diciembre, las mal pertrechadas tropas turcas sufrieron lo indecible. Al principio, los desorientados rusos, mal armados y peor mandados, se retiraron en desorden. Pero el general Yudenitch logró restablecer la calma y contraatacar. La ofensiva emprendida por los otomanos en *Sarikamish* fracasó estrepitosamente y los invasores dejaron 40.000 hombres en el campo de batalla.

En los primeros meses de 1915 las autoridades turcas realizaron una movilización extraordinaria, que puso en pie de guerra a

800.000 soldados, y un gran esfuerzo para modernizar su equipo. La medida llegó muy a tiempo, porque en su búsqueda del *punto débil* los estrategas de la Entente habían señalado al Imperio otomano.

La primera operación tuvo lugar en *los Dardanelos,* uno de los estrechos que separan la Turquía europea de la asiática. El proyecto fue defendido por Winston Churchill, que comprometió en él su prestigio, y contó con el apoyo de algunos políticos como Briand y Asquith y de algunos militares, que no veían solución a la guerra en los frentes ya establecidos.

El desembarco de tropas en los Dardanelos debía abrir la vía de los suministros a Rusia, aliviar la presión de los turcos en el Cáucaso y convencer a las naciones balcánicas para que intervinieran en el conflicto del lado de la Entente.

Sospechando la maniobra, Liman von Sanders había convertido las orillas de los Dardanelos en una auténtica fortaleza, defendida por 350.000 hombres y gran cantidad de artillería. Tras un ataque exploratorio en febrero, la flota aliada intentó forzar el paso del Estrecho el 18 de marzo, pero sólo consiguió convertirse en fácil blanco de los artilleros turcos y perdió la tercera parte de sus navíos en el combate de *Canakkale.*

El ministro británico de la Guerra, lord Kitchener, dispuso entonces el desembarco de un cuerpo expedicionario franco-británico en *Seddulbarch* y *Gapa Tepe,* en la península de Gallípoli (25 de abril). Pero los turcos, mandados por Mustafá Kemal, resistieron la embestida de los 150.000 hombres del general Hamilton.

Un nuevo desembarco en la bahía de Suvla, más al norte, fracasó igualmente (agosto). La capacidad combativa de los otomanos asombró a los generales aliados, que, sin embargo, se obstinaron en mantener abierto aquel frente. A finales de noviembre, resignado con la derrota, lord Kitchener ordenó la evacuación. Cuando el último soldado aliado abandonó Gallípoli, era ya el 6 de enero de 1916, y los franco-británicos habían sufrido unas 145.000 bajas.

No tuvieron mejor suerte las tropas británicas del general John Nixon, que desembarcaron a finales de 1915 en el golfo Pérsico. Mal pertrechados y acosados por un número muy superior de turcos, la marcha de los invasores hacia Bagdad se convirtió en un calvario.

La llegada de grandes refuerzos otomanos, procedentes de los Dardanelos, obligó a la 6.ª división del General Townshend a encerrarse en *Kut-el-Amarna.* Tras penoso asedio, los británicos se tuvieron que rendir en abril de 1916 en las más humillantes condiciones.

Más suerte tuvieron los rusos en el frente caucásico. En el mes de enero de 1916, el gran duque Nicolás desencadenó una ofensiva que permitió a sus tropas el paso por los desfiladeros que conducían a la Armenia turca. Tras prolongados combates, los rusos ocuparon Trabzon y Erzerum durante la primavera. Los otomanos tuvieron que rectificar sus líneas desde el mar Negro hasta el Kurdistán y distraer a dos ejércitos de los estacionados en Mesopotamia, lo que facilitaría el avance aliado en 1917.

En el mes de julio de 1916, las tropas de Yudenisch entraron en Erzinján, pero un mes después fueron los turcos quienes tomaron la iniciativa y desencadenaron dos ofensivas sobre *Mush* y *Dersim,* que fracasaron. A partir de la llegada del otoño, el frente se inmovilizó, pero parecía inevitable el derrumbamiento del desmoralizado Ejército turco en la primavera siguiente, cuando ocurrieron los trascendentales sucesos del mes de marzo de 1917 en Petrogrado.

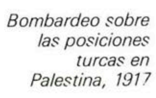
Finalmente, las tropas otomanas situadas en el Sinaí desencadenaron un ataque sobre el canal de Suez en el verano de 1916. Su fracaso permitió la contraofensiva inglesa, que a finales de año irrumpían en Palestina tras haber conquistado el-Arich y Gaza.

Conforme avanzaba la guerra y pueblos y gobiernos tomaban conciencia de los sacrificios que imponía su prosecución, tomaba cuerpo la idea de que a la hora de la victoria el botín debía ser lo suficientemente generoso como para compensar tanto sufrimiento.

A la idea de contención y de revancha que prevalecía en las estrategias políticas al comienzo de la contienda, la sustituyeron los más ambiciosos planes territoriales y económicos, que buscaban en la satisfacción de los anhelos nacionalistas el establecimiento de un orden internacional duradero.

Tales proyectos trascienden lo meramente anecdótico, porque, además de mantener viva en las poblaciones la ilusión por el esfuerzo bélico, determinaban en buena medida los planes ofensivos de los Estados Mayores. Además, en el caso de los aliados, terminaron convirtiéndose parcialmente en realidad.

Eleuterio Venizelos, primer ministro griego



Bombardeo sobre las posiciones turcas en Palestina, 1917

Los franceses basaban sus aspiraciones en la recuperación de Alsacia y Lorena, reclamaban la región del Sarre y los sectores más nacionalistas —animados por la diplomacia rusa— pretendían la anexión de todas las tierras alemanas situadas en la orilla izquierda del Rhin. Además, deseosos de impedir la recuperación de su rival secular, los políticos galos comenzaron a considerar, a partir de 1916, la división de la Alemania derrotada en varios Estados independientes.

Los rusos manifestaron ya abiertamente sus intenciones en septiembre de 1914, por boca de su ministro de Exteriores, Sansonov. La Polonia alemana y la Galitzia occidental austriaca formarían, junto con las provincias sometidas a Rusia, una Polonia autónoma, aunque bajo la soberanía del zar. La Galitzia oriental sería incorporada directamente a Rusia.

Los británicos no manifestaron ambiciones territoriales en Europa, pero defendían la entrega de ciertos territorios como compensación a Bélgica y la devolución del Schleswig-Holstein a Dinamarca. Por su parte, tenían puestos los ojos en el Imperio colonial alemán.

La entrada de Turquía en la guerra desató las ambiciones en el seno de la Entente. Por el *acuerdo Sykes-Picot* (16 de mayo de 1916), franceses y británicos delimitaron sus esferas de influencia en el Próximo Oriente con vistas al final de la contienda.

Siria, Cilicia y la zona norte de Mesopotamia quedarían como ámbito de actuación del imperialismo francés; Palestina, Transjordania y la zona petrolífera del Irak serían el botín de los británicos, mientras que a los rusos —con quienes se mantuvieron conversaciones al respecto— se les reservaba la Tracia oriental, los Dardanelos y la Armenia turca.

Los italianos, que también manifestaron tener intereses en la zona, obtuvieron la promesa del cuadrante sudoccidental de Anatolia, con la ciudad de Adalía. Finalizando ya la guerra, el Gobierno británico se mostró dispuesto a ceder parte de su futura colonia de Palestina a las organizaciones sionistas para crear un hogar nacional hebreo *(declaración Balfour* de noviembre de 1917).

Los objetivos alemanes eran aún más grandiosos. Los *halcones* germanos soñaban con una posguerra en la que Europa central —*Mitteleuropa*— estuviera sometida a la hegemonía del *Reich* alemán. Ya en septiembre de 1914, el canciller Bethmann-Hollweg dio a conocer al Alto Mando germano las aspiraciones del Gobierno para después de la victoria.

Francia perdería la zona costera entre Dunquerque y Boulogne y determinadas zonas fronterizas con Lorena. Además, debería desarmar su sistema de fortificaciones y pagar una fuerte indemnización de guerra. Bélgica cedería Lieja a Alemania y se convertiría en un protectorado —luego se pensó en anexionarla al Imperio, junto con Luxemburgo— al igual que Holanda. El Imperio austro-húngaro, convertido en un socio de segunda categoría, tendría que aceptar los dictados del káiser y toda Europa central se convertiría en una unidad económica a las órdenes de la política berlinesa.

En el este, Rusia perdería su frontera con Alemania. Polonia, los países bálticos y Ucrania formarían *Estados-tapón* parcialmente colonizados por alemanes y obedientes a los intereses del *Reich*. Fuera de Europa, Alemania no sólo recuperaría sus colonias, sino que se anexionaría todo el Africa central y convertiría a China en un protectorado.

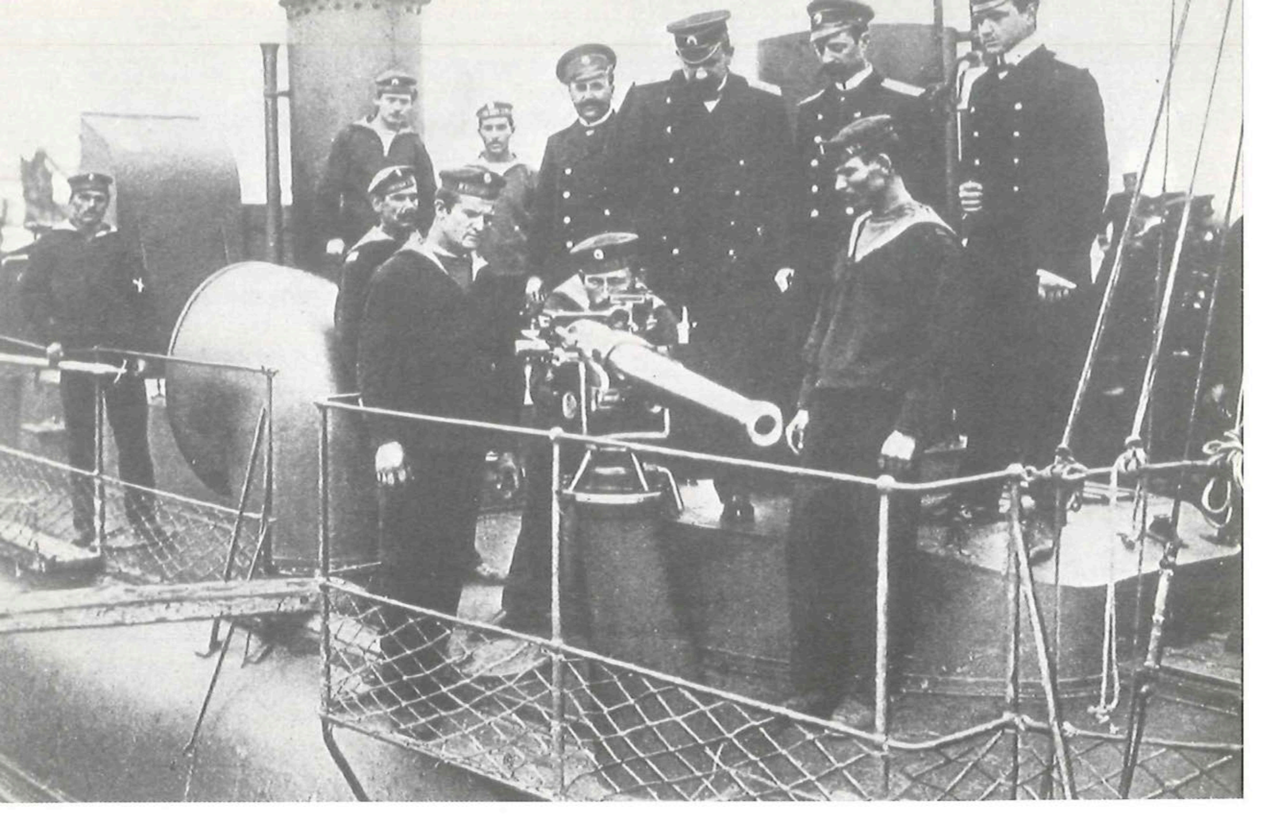
Los austriacos entraron en la guerra sin especiales deseos anexionistas, pero tras las campañas balcánicas de 1915, algunos sectores se mostraron favorables a la incorporación al Imperio de Serbia y Montenegro, a la rectificación de las fronteras con Italia y Rumania y a la conversión de Polonia en un Estado independiente bajo protectorado de Viena.

Los turcos, por su parte, no se conformaban con menos de la Armenia rusa —especialmente el distrito de Kars, que les había pertenecido hasta 1878—, la isla de Chipre y Egipto.

Las ambiciones de Italia quedaron plasmadas en el Tratado de Londres, que ya hemos analizado. Respecto a los Estados balcánicos, Serbia, Bulgaria, Rumania y luego Grecia, sus aspiraciones eran las mismas que habían defendido en las guerras balcánicas de 1912-13.

La guerra económica

La Primera Guerra Mundial alteró drásticamente la vida económica de los países beligerantes y de los neutrales. Lo repentino del conflicto y la creencia de que su duración sería breve hicieron que las potencias de ambos bloques entrasen en él sin ade-



Tripulación de un torpedero búlgaro en 1915

cuar sus economías a las nuevas condiciones.

La movilización masiva de combatientes, la utilización de los transportes para el traslado de tropas y material bélico y la prioridad otorgada de modo brusco a la producción de equipo de guerra ocasionaron graves trastornos a las economías nacionales.

A ello se unió el bloqueo aliado a las Potencias Centrales y la guerra submarina desatada por Alemania como respuesta. El bloqueo marítimo aliado de los puertos enemigos forzó al establecimiento paulatino de un régimen autárquico e intervencionista en la Europa central.

El cierre de las rutas navales y terrestres hacia Rusia creó gravísimas dificultades al Estado zarista y contribuyó a precipitar los acontecimientos revolucionarios de 1917. La guerra submarina entorpeció considerablemente el suministro de productos a las industrias franco-británicas.

Todo ello produjo una bajada continua en la producción industrial y agraria de los países en guerra. La escasez de subsistencia obligó al racionamiento de productos de primera necesidad. La prioridad concedida al esfuerzo de guerra aconsejó un mayor control de la actividad económica por parte de las administraciones. Los cuantiosos gastos ocasionados por el conflicto llevaron a los contendientes a contraer enormes deudas con terceros países.

Todas estas circunstancias contribuyeron a un replanteamiento global de las relaciones económicas en el seno de los países contendientes y pusieron de relieve la incongruencia del mantenimiento de una economía de mercado en medio de una contienda universal. Surgió, pues, la *economía de guerra*, cuyas más destacadas características eran las siguientes:

— La aparición de una *planificación económica* desarrollada por los organismos del Estado, en abierta contradicción con los mecanismos liberales hasta entonces predominantes. El pionero en la coordinación de los esfuerzos industriales fue el financiero alemán Walter Rathenau, quien creó en 1914 el *Departamento de materias primas de guerra* (K.R.A.), con la misión de unificar los criterios en la producción de armamentos, buscar sucedáneos a las materias primas que escaseaban por el bloqueo y determinar el destino de los productos.

Tarde o temprano todos los países fueron adoptando sistemas parecidos. La inspección de la producción industrial quedaba en manos de funcionarios gubernamentales o bien de comisiones tripartitas de funcio-



Cartel de propaganda del alistamiento voluntario en el ejército griego

narios, patronos y obreros, como la *British Control Boards,* subordinada al Ministerio de la Guerra británico.

— El problema de la mano de obra, agravado por las sangrías de 1915 y 1916, obligó a la importación de obreros de las colonias, y en aquellos países que no los poseían, como era ya el caso de Alemania, a la promulgación de una *ley de Servicio Nacional* —diciembre de 1916—, que movilizó a todos los varones no aptos para el servicio militar, adolescentes y jubilados, sobre todo, para determinados trabajos de interés nacional. También se favoreció la inmigración de mano de obra desde los países vecinos y ocupados.

Mucha mayor importancia revistió la incorporación de mujeres a los trabajos que hasta entonces habían sido coto cerrado de los varones. En los transportes públicos, en las industrias de armamento o de maquinaria, en las oficinas, miles de mujeres ocuparon el puesto de los trabajadores movilizados, preparando así el ambiente para un cambio social sin precedentes.

— La libertad de comercio se vio entorpecida por la escasez de subsistencias y los efectos del mutuo bloqueo. Los alemanes y sus aliados intentaron resolver el problema mediante una explotación sistemática de los territorios ocupados por sus ejércitos. El petróleo de Rumania y el Cáucaso, el carbón de Bélgica y Francia, los cereales de Polonia y Ucrania... se convirtieron en objetivos estratégicos de primer orden, que compensaban mínimamente la penuria provocada por el bloqueo.

Los aliados, por su parte, encontraban menos trabas para comerciar, pero el alza generalizada de los precios y los efectos de la guerra submarina terminaron aconsejando una política conjunta. Se creó entonces el *Allied Maritime Transport Council* (Consejo Aliado de Transportes Marítimos), que distribuía los tonelajes del total de las flotas aliadas según las necesidades inmediatas de cada país.

— Finalmente, la totalidad de los contendientes tuvieron que contraer enormes deudas para hacer frente a sus crecientes gastos. La actividad de los Bancos centrales terminó acarreando una grave inflación —en Alemania, la circulación monetaria se quintuplicó durante la guerra y los precios se doblaron—, por lo que hubo que recurrir preferentemente a los préstamos exteriores. Este sistema, que pronto fue impracticable para los aislados Imperios Centrales, se convirtió en práctica común entre los aliados, sobre todo gracias a la interesada prodigalidad de los Estados Unidos.

Al terminar la guerra, los americanos eran acreedores de sus aliados en más de siete mil millones de dólares, concedidos, sobre todo, en calidad de moratorias sobre el pago de mercancías. Los británicos eran acreedores de los demás beligerantes en una cantidad ligeramente inferior y los franceses habían efectuado préstamos por unos dos mil doscientos millones. Este sistema de endeudamiento mutuo iba a pesar como una losa a la hora de construir el mundo de posguerra.

Pese a los esfuerzos del Alto Mando naval, Alemania comenzó la guerra en evidente inferioridad de condiciones respecto a las flotas de la Entente.

La declaración de hostilidades sorprendió a una parte de los buques germanos navegando en alta mar. La flota del Pacífico, con base en Tsingtao, recibió la orden de regresar a Alemania, cosa que su comandante, el almirante Maximilian von Spee, se apresuró a realizar.

Apercibido de que los cinco cruceros de Spee se dirigían hacia el cabo de Hornos y temiendo que cortasen las líneas británicas de aprovisionamiento en el Atlántico, el almirante británico Cradock les salió al paso frente a la localidad chilena de *Coronel.* Los ingleses sufrieron una dura derrota.

Un mes después, la flota de Spee estaba en el Atlántico y se dirigía a la base británica de las *Malvinas* (Falkland). Allí le esperaba la flota del vicealmirante Doveton-Stur-



IMPERIO
RUSO
Odessa
Frente diciembre 1916
Máximo avance rumano
Budapest
IMPERIO
AUSTRO-HUNGARO
Fokschani
RUMANIA
Belgrado
Bucarest
Silistra
Constanza
SERBIA
MONTENEGRO
Sofía
BULGARIA
Skopje
Edirne
IMPERIO
Estambul
Duratzzo
ALBANIA
Kavalla
Salónica
Gallipoli
Dardanelos
OTOMANO
GRECIA
Retirada ejército serbio
Esmirna
Atenas
DODECANESO
LA GUERRA EN LOS BALCANES
Frentes:
Finales 1914
Finales 1915
1916
30-IX-1918
Ofensivas de las potencias centrales
Ofensivas aliadas
Ofensivas finales tras el armisticio con Bulgaria (29-IX-18)
Potencias centrales
Aliados
Neutrales
G. LLORENTE

dee. El combate, librado el 12 de diciembre de 1914, fue fatal para los alemanes. Sólo el *Dresden* pudo escapar. Spee y unos 1.800 marinos se hundieron con sus buques.

En aguas europeas sólo se libraron dos combates navales durante la guerra. El primero de ellos tuvo lugar el 28 de agosto de 1914 frente a *Heligoland,* cerca de la costa alemana. La flota germana perdió tres cruceros y el káiser, alarmado, ordenó que en adelante permaneciese en sus bases.

No volvió a salir hasta el 31 de mayo de 1916, cuando en el estrecho de Skagerak el almirante se enfrentó a las flotas de los británicos Jellicoe y Beatty *(batalla de Jutlandia).* Las pérdidas fueron enormes en ambos bandos, pero los alemanes demostraron su superioridad técnica. Aun así, la flota germana regresó a sus bases y permaneció inactiva hasta el final de la guerra.

Los partidos socialistas afiliados a la Segunda Internacional —mayoritarios en el panorama obrero europeo— entraron en una aguda crisis al desencadenarse la Guerra Mundial.

La mayor parte de sus dirigentes estaban convencidos de que, en caso de producirse el estallido bélico, el proletariado de los países beligerantes impediría en bloque su continuación. Pero no se había perfilado una estrategia común, pese a que el tema había sido ampliamente discutido en los congresos de Amsterdam, Stuttgart y Copenhague.

Las sucesivas declaraciones de guerra pusieron en evidencia lo equivocado de los planteamientos socialistas. Durante el verano de 1914, una oleada de chauvinismo y de entusiasmo patriótico sacudió a las poblaciones de las potencias europeas. Los anatemas a la guerra imperialista y a la ruptura del internacionalismo proletario lanzados durante años por socialistas de todos los países dieron paso a manifestaciones generalizadas de apoyo a la política belicista de los gobiernos.

Las minorías parlamentarias socialistas votaron los créditos de guerra y se adhirieron a las *uniones sagradas* que crearon los partidos burgueses en la práctica totalidad de las naciones contendientes. Incluso algunos dirigentes entraron a formar parte de los Gabinetes de guerra, como el belga Vandervelde o el francés Guesde.

En Gran Bretaña, el Partido Laborista apoyó la gestión del Gobierno Asquith, pero el Partido Laborista Independiente y algunas personalidades como MacDonald se negaron a apoyar esta política. En Rusia, bolcheviques y mencheviques condenaron en el Parlamento y en la calle la entrada de su país en la guerra.

Jean Jaurés, patriarca del socialismo galo y principal defensor de la corriente pacifista, fue asesinado la víspera de la entrada de su país en la contienda. El movimento obrero francés no sólo abjuró en aquel momento de las doctrinas del líder, sino que su oración fúnebre fue un canto a la *unión sagrada* de todos los franceses contra el imperialismo alemán.

En Alemania, los sindicatos y el Partido Socialdemócrata no sólo olvidaron en cuestión de horas su permanente conflicto con el conservadurismo oficial, sino que la minoría parlamentaria del SPD —la más numerosa del *Reichstag*— se apresuró a votar los créditos de guerra el 4 de agosto.

En estos países, como en Austria-Hungría, en Bélgica y luego en Italia, en Bulgaria, etcétera, las masas proletarias se sintieron arrastradas hacia la participación en una guerra que en sus orígenes se planteaba como una cruzada nacional y, a la vez —tal creían buena parte de los socialistas— como *la guerra que pondría fin a las guerras.*

Sólo una minoría se permitió discrepar en el seno de la Internacional. Los sectores izquierdistas de los distintos partidos nacionales condenaron sin paliativos una guerra que consideraban *imperialista.* Pero la iniciativa para la reconstrucción de un movimiento internacionalista, que surgió entre los socialistas de los países neutrales, no obtuvo eco en sus correligionarios beligerantes, divididos ya por un muro de odios.

Lentamente, sin embargo, fueron surgiendo grupos de activistas contrarios a la guerra en el interior de cada país. A comienzos de 1915 era ya manifiesto el alcance de la confrontación bélica y el peligro mortal que suponía para el movimiento obrero. Neutrales e *izquierdistas* convocaron conferencias en Berna y Copenhague, pero no obtuvieron resultados.

Finalmente, en septiembre de 1915 y a iniciativa del socialista suizo Robert Grimm, se convocó una nueva conferencia en *Zimmerwald* (Suiza), a la que asistieron delegados de la mayor parte de los países contendientes.

Los reunidos, pese a sus grandes discrepancias, llegaron a redactar un *Manifiesto* que tuvo cierta resonancia entre los trabajadores europeos. Sus frases finales eran las


Puesto de mando de un submarino alemán

siguientes: *Por encima de las fronteras, por encima de los campos y de las ciudades devastadas, ¡proletarios de todos los países, uníos!*

De Zimmerwald salió un propósito decidido de acabar con la guerra, pero también una izquierda internacionalista cohesionada —la *Unión de Zimmerwald*— en la que se integraban socialistas rusos como Lenin, Zinoviev y Balavanova, alemanes como Liebknecht, Luxemburgo, Radek y Zetkin, o suizos como Platten y Grimm.

En el Congreso se creó una *Comisión Socialista Internacional* con la misión de reconstruir la maltrecha Segunda Internacional y que iba a ser, en cierta manera, el germen del movimiento comunista de la inmediata posguerra.

Una segunda conferencia, reunida en la localidad suiza de *Kienthal* (abril de 1916), vino a confirmar lo que ya se había visto en Zimmerwald: que el ala izquierda de los internacionalistas, representada, sobre todo, por los bolcheviques rusos y los espartaquistas alemanes —seguidores de Liebknecht— era muy minoritaria y que el movimiento obrero estaba muy lejos de reconstruir su unidad, rota por la guerra. El año 1917 comenzaba con las más negras perspectivas para los sectores pacifistas.

Las crisis internas de los contendientes

Tampoco el tercer año de guerra trajo la paz a los frentes de batalla. Incluso las operaciones militares se estancaron más que en el bienio precedente, alejando cualquier posibilidad de rendición inmediata de uno de los bandos.

Dos acontecimientos, sin embargo, iban a alterar el rumbo del conflicto y a dejar entrever su conclusión: la entrada en la guerra de los Estados Unidos y la revolución en Rusia.

Si a ello se le añaden las crecientes dificultades materiales de los países contendientes y la quiebra moral del frente interior en buena parte de ellos, se puede afirmar que el año 17 incubó la crisis que desencadenó un año después el desenlace de la guerra.

En el plano estrictamente militar, los frentes evolucionaron muy poco. En Francia, la *guerra de posiciones* siguió condenando al fracaso cuantas operaciones ofensivas se emprendieron; en Italia, pese al triunfo de *Caporetto,* los austro-alemanes no consiguieron romper el frente enemigo; en los Balcanes y en el frente ruso, a la movilidad de los años precedentes sucedió un estancamiento de las líneas que sólo los acontecimentos internos de Rusia iban a permitir romper. En el Próximo Oriente, por fin, los británicos iniciaron un lento avance que les iba a llevar, un año después, hasta el corazón de la Turquía asiática.

La necesidad de un mando único en ambos bandos, que evitase la pretérita dispersión de esfuerzos, se abrió camino con cierta lentitud. En el bando austro-alemán fue el general Hindenburg —que había sucedido a Falkenhayn al frente del Ejército germano tras la derrota de Verdún— quien logró, sin grandes dificultades, hacerse con la dirección conjunta de la guerra en septiembre del 16.

Para 1917 el Ejército austro-húngaro —que combatía en tres frentes— estaba al borde del colapso y sólo una interesada su-

bordinación a los alemanes podía permitirle continuar su esfuerzo de guerra.

En el bando de la Entente la unidad de mando tardó mucho más en llegar. En diciembre de 1916, Joffre tuvo que dejar la dirección del Ejército francés. Pagaba así sus errores ofensivos en Champaña y en el Somme. Le sustituyó el general Nivelle, que se había cubierto de gloria en Verdún y que acariciaba el sueño de romper mediante una ofensiva fulgurante el frente alemán.

Para ello necesitaba el control de todas las tropas que operaban en Francia, y así se le dio a entender durante una visita a Calais al *premier* Lloyd George, que accedió a colocar el cuerpo expedicionario británico bajo la autoridad del general francés. Pero Douglas Haig se negó a someterse a su colega y hasta finales de año, tras el fracaso inglés de *Passchendaele,* no empezó a tomar cuerpo tal medida.

A lo largo de 1917 la práctica totalidad de las naciones europeas comprometidas en la guerra conocieron serias dificultades de orden político planteadas por causas económicas, sociales y militares. En la mayoría de los casos, estas crisis se habían originado uno o dos años antes.

El Gobierno liberal de Asquith, que se encontraba en el poder desde 1908, no encontró grandes obstáculos para proseguir su labor en Gran Bretaña. Patronos y obreros aceptaron sin reservas aparentes los sacrificios impuestos por la guerra y un cierto intervencionismo estatal en los asuntos económicos. En mayo de 1915 formó Asquith un *Gabinete de guerra* en el que dio entrada a conservadores y laboristas.

Hasta 1916 sólo un sector minoritario del laborismo y de los sindicatos se oponía a la política gubernamental. Pero los costosos errores de los Dardanelos y de Mesopotamia y la desastrosa actuación de Haig en Flandes, los efectos de la guerra submarina y de la economía de guerra y la política laboral del Gobierno acabaron creando una creciente oposición.

Esta política consistía, básicamente, en sustituir a los obreros movilizados por adolescentes y mujeres. Los trabajadores protestaron y como los sindicatos controlados por los laboristas no se hicieran eco de sus reivindicaciones, surgió un movimiento espontáneo de huelgas en defensa de los puestos de trabajo y del mantenimiento del poder adquisitivo de los salarios.

La dura respuesta del Gobierno, que empleó la legislación de guerra, provocó la quiebra de la coalición gobernante y la salida de los laboristas del Gabinete. Desprestigiado por los mediocres resultados de su gestión, Asquith se vio forzado a dimitir.

En diciembre de 1916, Lloyd George se hizo cargo de un Gobierno de coalición liberal-conservadora. Pese al aumento de la tensión social y de las dificultades económicas, el *premier* británico mantuvo una enérgica actitud favorable a la continuación de la guerra.

En Francia el problema no era solamente político y económico, sino también militar. Los años de guerra de trincheras habían agotado la moral del Ejército francés. Demasiado cercanos a la retaguardia como para no darse cuenta de su mísera condición, los soldados galos habían ido incubando un resentimiento que se plasmó en los *motines* de 1917.

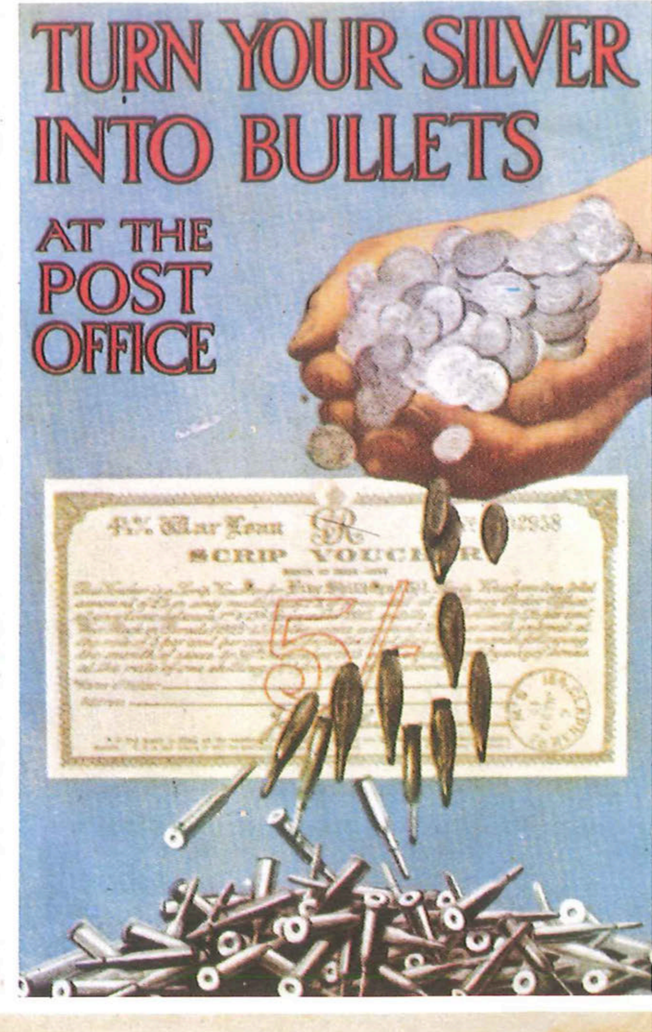
Desde agosto de 1914, el Alto Mando francés había impuesto su autoridad al Ejecutivo civil. Tanto Viviani como Briand habían tenido que soportar la guerra de desgaste planteada por Joffre, con el enorme costo social que ello representaba. Sin embargo, tras su sustitución por Nivelle y los fracasos del nuevo general en jefe —en el *Chemin des Dames* sacrificó a buena parte de la juventud francesa—, los militares perdieron casi toda su autoridad moral y se convirtieron en blanco de las críticas. El resultado fue un reverdecer del pacifismo, un renacimiento de la conflictividad social y el alejamiento de los socialistas de la *Unión Sagrada,* que, a su juicio, beneficiaba a la derecha.

Durante la primavera de 1917, coincidiendo con la revolución rusa, comenzaron a producirse motines en algunas unidades francesas. Pronto se extendieron por el frente. Los soldados protestaban por la forma en que se conducía la guerra, en la que eran sacrificados sin beneficio, y se negaban a combatir. El peligro de un desmoronamiento del frente era evidente.

En noviembre dimitió el Gobierno Painlevé y le fue confiado el poder a Georges Clemenceau. Asustado por lo que creía un movimiento revolucionario, el jefe del Gobierno procedió a abortarlo por dos procedimientos. Primero desató una despiada represión no sólo contra los amotinados —554 condenas a muerte, de las que se ejecuta-

Cartel alemán sobre la guerra de trincheras (arriba, izquierda). *Cartel británico sobre el empréstito de guerra* (arriba, derecha). *La flota británica dirigiéndose hacia Jutlandia* (abajo)


Helft uns siegen!
zeichnet
die
Kriegsanleihe


TURN YOUR SILVER
INTO BULLETS
AT THE
POST
OFFICE

ron 49—, sino también contra los socialistas que habían abandonado la *Unión Sagrada* y contra los pacifistas en general. Luego sustituyó al desprestigiado Nivelle por Pétain, quien detuvo las costosas e inútiles ofensivas.

Las tensiones entre el poder civil y el militar, patentes durante la guerra en casi todos los países, fueron especialmente agudas en Alemania, donde el Ejército siempre había tenido un considerable peso político.

La escasa suerte de las fuerzas alemanas a lo largo de 1916 había convencido al canciller Bethmann-Hollweg de la necesidad de una solución negociada a la guerra. Por ello se oponía a la reanudación de la lucha submarina, que amenazaba con extender el conflicto a los Estados Unidos.

Pero Hindenburg y su segundo, Erich Ludendorff, eran decididos partidarios de la utilización de todos los recursos disponibles para ganar la guerra.

Se produjo el inevitable enfrentamiento entre ambas posturas. El canciller pretendía que la decisión sobre la guerra submarina era de su competencia. Hindenburg quería que la última palabra la dieran los militares. En el *Reichstag* la izquierda socialista y la derecha militarista se unieron para derrotar al jefe del Gobierno y los submarinos volvieron a su caza.

Como temía Bethmann-Hollweg, la reanudación de los ataques a los buques mercantes dio pretexto a los Estados Unidos para declarar la guerra a Alemania. Pero ello no mejoró su posición. Al contrario, en julio de 1917, derrotada su vacilante política en el Parlamento y perdida la confianza del káiser —que actuaba al dictado de Hindenburg— el canciller presentó su dimisión. Michaelis y Hertling, que se sucedieron en la Cancillería en pocos meses, no eran sino juguetes del Cuartel General, que parecía decidido a ganar la guerra al precio que fuese.

Austria-Hungría atravesaba una crisis todavía mayor. A la carencia de triunfos militares se añadían los graves problemas de abastecimiento de la población. El conde Stürgkh, jefe del Gobierno imperial, parecía sólo ocupado en mantener el orden público y aumentar el potencial militar y ello molestaba a los húngaros y a los eslavos, que aprovecharon la coyuntura para plantear sus reivindicaciones.

En Bohemia el movimiento nacionalista checo cobró nuevas fuerzas y en la primavera de 1916, Masaryk y Benes crearon en París un *Comité Nacional Checo*, que buscaba conseguir de los aliados el reconocimiento de una Checoslovaquia independiente.

En Eslovenia, Bosnia y Dalmacia funcionaba desde 1915 un *Comité Nacional Sudeslavo*, que preconizaba la unión con Serbia en un reino de los eslavos meridionales. Los croatas, en cambio, no sentían grandes simpatías por los serbios y pretendían independizarse de Hungría, aunque bajo el cetro de los Habsburgos.

Finalmente, los propios húngaros se mostraban reacios a colaborar en un conflicto que consideraban austriaco. El jefe del Gabinete magiar, conde Tisza, se negaba a enviar provisiones a la hambrienta población cisleithana y pretendía reforzar el poder y la autonomía de la Corona húngara.

Estas tensiones políticas y sociales se agravaron tras el asesinato de Stürgkh a manos del socialista Adler, en octubre de 1916. Un mes después moría también el emperador Francisco José y su nieto y sucesor, Carlos I, presintiendo ya el colapso del Imperio, comenzaba una búsqueda desesperada de la salvación del trono a través de las negociaciones de paz —estorbadas por Alemania— y de las tardías ofertas autonómicas a los eslavos.

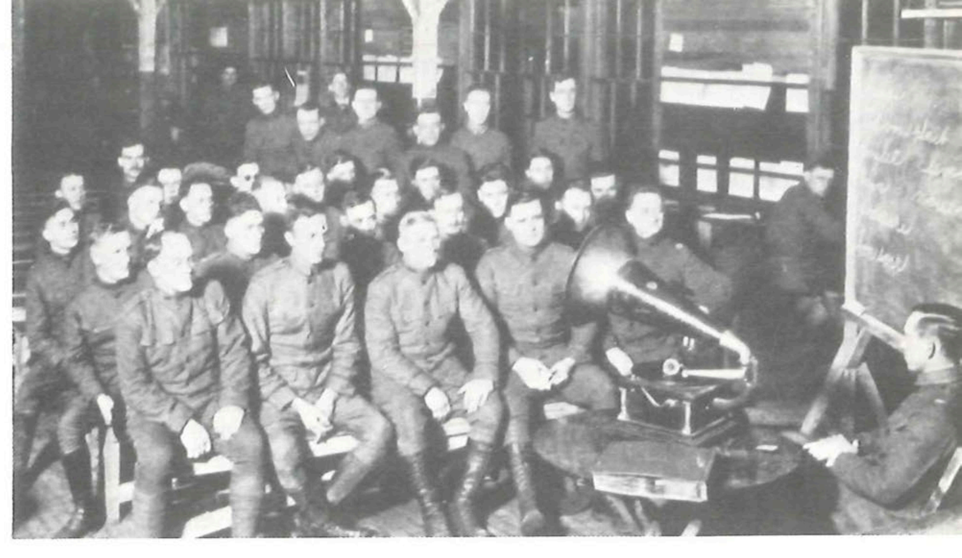
La convulsión interna más aguda y el desmoronamiento más rápido tuvieron lugar, sin embargo, en Rusia. Los acontecimientos de los años 1917-18, por su desarrollo y trascendencia, superan el marco de la Primera Guerra Mundial, pero contribuyeron a alterar sustancialmente su curso.

La revolución rusa

Las derrotas militares y el caos económico habían colocado a Rusia en una situación desesperada durante el invierno de 1916-17. El escaso resultado de la ofensiva de Brusilov en Galitzia y la inesperada resistencia de los turcos en Armenia quemaron las últimas esperanzas de un triunfo militar rápido. El descontento crecía entre las tropas y la población.

Cuando a estas circunstancias se unió un alza generalizada de los precios, se desencadenó un movimiento de protesta en Petrogrado. El 7 de marzo de 1917 (23 de febrero, según el calendario ortodoxo) se inició un proceso huelguístico que se transformó en revolución abierta cuatro días después. La guarnición de la capital hizo causa

Oficiales norteamericanos recibiendo lecciones de francés antes de incorporarse al frente



común con los sublevados. Reaparecieron los *soviets* de 1905, que acapararon parcelas de poder en todas partes y la Duma tuvo que reconocer la situación revolucionaria, que escapaba ya al control del Gobiermo imperial.

El 15 de marzo, Nicolás II fue obligado a abdicar y ese mismo día la Duma designó un Gobierno provisional encabezado por el príncipe Lvov.

A partir de aquí podía esperarse una evolución hacia una República de corte liberal-democrático, pero la fuerza del movimiento soviético —que al contrario que el Gobierno estaba dominado por los socialistas— y la pretensión del Gabinete Lvov de seguir fiel a la alianza con los francobritánicos, torcieron pronto el rumbo de la revolución.

La desilusión provocada por el anuncio de la continuación de Rusia en la guerra se plasmó en las revueltas que estallaron en el mes de mayo y que costaron su puesto al ministro de Exteriores, el liberal Miliukov. Incapaz de mantener su difícil situación, el Gobierno *burgués* de Lvov dimitió en julio y fue sustituido por otro de centro izquierda, presidido por Alexander Kerenski. Pero tampoco el nuevo Gabinete parecía dispuesto a plantear la salida de Rusia de la guerra.

Ello favoreció la actuación de los bolcheviques, quienes, capitaneados por Lenin —que había vuelto a Rusia en abril—, hallaban cada vez mayor eco a sus propuestas pacifistas entre los soldados y los trabajadores. Mediante una cuidadosa labor de zapa, el pequeño partido iba ganando adeptos en los soviets y en las unidades militares, a la vez que preparaba un golpe de Estado que le diera el poder.

Un primer intento fracasó en el mes de julio, pero Lenin y sus seguidores aprendieron la lección, y la siguiente tentativa tuvo éxito. El 7 de noviembre de 1917 (25 de octubre) los bolcheviques, dirigidos por Trotski, ocuparon los centros neurálgicos de Petrogrado y depusieron al Gobierno de Kerenski. Ese mismo día, el Segundo Congreso Panruso de los Soviets aceptaba los hechos consumados y los grupos desalojados del poder —mencheviques y socialrevolucionarios de derecha— pasaban a la oposición.

En las capitales de la Entente, el triunfo bolchevique cayó como un mazazo. El temor se transformó incluso en pánico cuando se conocieron las primeras medidas de los nuevos gobernantes. El *Decreto sobre la paz* exigía *una paz inmediata, sin anexiones ni reparaciones,* lo que contrariaba los planes ofensivos de los aliados. El 15 de diciembre una delegación rusa firmaba en *Brest-Litovsk* el armisticio de los Imperios Centrales, preliminar a las conversaciones de paz. De la mano de los bolcheviques, la Rusia revolucionaria abandonaba la guerra.

Los Estados Unidos, en guerra

Fieles a su política de no intervención en los asuntos europeos, los Estados Unidos habían proclamado su neutralidad en agosto de 1914. Pese a ello, los círculos económicos norteamericanos se habían lanzado a una carrera comercial para abastecer las necesidades de material y alimentos de los contendientes.

Puesto que Alemania se encontraba sometida al bloqueo marítimo, la mayor parte

de esas compras fueron realizadas por los franco-británicos. Ello determinó que los empresarios y banqueros estadounidenses acabasen deseando con todas sus fuerzas el triunfo de la Entente, único medio de recuperar sus inversiones.

Contagiado por este ambiente, el presidente Wilson —que no se cansaba de hacer llamamientos a la paz— tuvo que conceder autorización a los medios financieros de su país para que facilitasen créditos a los Gobiernos aliados, como medio de financiar las exportaciones norteamericanas. Esto incrementó el interés de sus compatriotas en el triunfo de la Entente.

Ahora bien, este fructífero comercio debía hacerse por mar y la actividad de los submarinos alemanes hacía peligroso el tráfico por el Atlántico. Wilson se convirtió en el defensor de *la libertad de los mares*. El hundimiento de los transatlánticos *Lusitania* y *Sussex,* que costó la vida a varios súbditos norteamericanos, llevó al presidente a plantear un ultimátum a Alemania en 1916.

La guerra submarina se detuvo, pero los alemanes la reiniciaron a finales de enero de 1917. Tres días después, los Estados Unidos rompían sus relaciones diplomáticas con el Gobierno del káiser. Mientras, el tráfico en el Atlántico se paralizaba progresivamente, ocasionando grandes pérdidas a la economía norteamericana. Dando un paso hacia la guerra, Wilson decretó el 26 de febrero que los buques mercantes fueran artillados.

Dos hechos forzaron la declaración de guerra en la primavera de 1917. Un telegrama captado por los británicos y remitido a Washington fue el primero. En él, el secretario de Estado alemán, Zimmermann, ofrecía al Gobierno mexicano la devolución de los territorios de Texas, Nuevo México y Arizona —que los Estados Unidos les arrebataran a mediados del siglo pasado— a cambio de una alianza militar con Alemania. La divulgación del telegrama —de controvertida autenticidad— provocó una intensa reacción antigermana en la opinión pública norteamericana.

El 19 de marzo, un submarino alemán torpedeó a un mercante estadounidense, que se hundió con su tripulación. Era el *casus belli* que esperaban los círculos políticos y financieros. Tras una declaración del presidente Wilson, el Congreso votó el estado de guerra con los Imperios Centrales el 2 de abril.

Las expectativas abiertas por la entrada de Estados Unidos en el conflicto fueron enormes. No sólo iba a volcar el coloso americano su potencial económico en ayuda de sus aliados, sino que su aportación militar podía ser decisiva, tanto en la lucha antisubmarina como en los frentes europeos.

Aunque el Ejército norteamericano estaba mal preparado y tardaría casi un año en intervenir en la guerra, el sólo anuncio de su entrada en la contienda levantó la decaída moral de las poblaciones aliadas, víctimas de las crisis de 1916-17, y ayudó a paliar el efecto que la defección de Rusia produjo en ellas.

A mediados de noviembre de 1916, los representantes militares de la Entente volvieron a reunirse en Chantilly. A la vista de los fracasos ofensivos de ese año y de los defectos en la coordinación de las operaciones, se acordó iniciar una fuerte presión en todos los frentes antes de que, con la llegada de la primavera, los austro-alemanes estuvieran en condiciones de atacar a Rusia.

El frente occidental

El plan no pudo realizarse. El Ejército ruso no estaba en condiciones de desarrollar un esfuerzo parecido al del año anterior y la revolución de marzo anuló cualquier iniciativa en este sentido. Tampoco los italianos estuvieron en condiciones de actuar antes de mayo. De forma que el peso de las operaciones recayó sobre los franco-británicos.

Frente a las ofensivas de *desgaste* de Joffre, su sucesor Nivelle concibió un ataque fulgurante, de gran intensidad, que buscase la *ruptura* de las líneas alemanas en algún punto débil. También al contrario que su antecesor, decidió que este ataque tendría lugar en la zona central del arco que formaban las defensas enemigas.

Presintiendo la ofensiva, Hindenburg ordenó una retirada parcial en aquel sector hacia una nueva línea fortificada en Saint-Quintin y La Fere (la *línea Hindenburg).* Con ello mejoraba las posibilidades de la defensa alemana, que no andaba sobrada de medios materiales.

El 9 de abril, en una maniobra de diversión, las tropas del general Haig se lanzaron

Soldados muertos tras una escaramuza en el frente francés (arriba). *Las tropas francesas cruzan el río Yser durante la ofensiva de julio de 1917* (abajo)

sobre la colina de *Vimy*, en el Artois, pero no pudieron avanzar más allá. Tres días después, los franceses fracasaban en otra maniobra diversiva sobre *Saint-Quintin*.

Sin desanimarse por estos comienzos, Nivelle desató una ofensiva que consideraba definitiva en un amplio frente de 70 kilómetros entre el Oise y la ciudad de Reims. Las 30 divisiones del V y VI ejércitos tenían como objetivo las ciudades de Cambrai y de Douai, pero apenas comenzado el ataque —el 16 de abril— se estancaron en el vital *Chemin des Dames*.

Con la ayuda de los tanques, los franceses lograron perforar las posiciones enemigas, pero los alemanes se replegaron a una segunda línea contra la que se estrellaron todos los ataques. A comienzos de mayo, la ofensiva había fracasado con un alto costo de vidas y el descontento se extendía en forma de motines por el Ejército galo.

Destituido Nivelle, su sucesor, Pétain, se esforzó por levantar la moral de los combatientes. Conociendo sus limitaciones, se negó a emprender ofensivas de gran envergadura hasta la llegada de los norteamericanos y se limitó a hostigar a los alemanes en sectores aislados del frente.

La caída de Nivelle animó a su rival, Douglas Haig, a intentar desquitarse de la derrota del Somme. Entre julio y diciembre, británicos, belgas y canadienses, auxiliados por algunas unidades francesas, lanzaron un ataque sobre *Passchendaele,* en Flandes.

Su intención era despejar los puertos belgas y destruir las bases de submarinos enemigos. La batalla fue un sangriento fracaso que levantó una oleada de protestas en Inglaterra. Tras su final, tampoco les quedaron ganas a los británicos de embarcarse en nuevas aventuras.

En Italia, donde la agitación social y la resistencia a la continuación de la guerra alcanzaba cotas alarmantes, la desmoralización de los combatientes era evidente.

Conforme a lo previsto, el generalísimo Cadorna lanzó entre mayo y julio una serie de ataques sobre el frente del Isonzo y el macizo del Carso. Pero la ofensiva fue perdiendo fuerza hasta que se detuvo.

En el otoño, los austriacos recibieron refuerzos procedentes de Rusia, entre ellos algunas divisiones alemanas. El 23 de octubre los austro-alemanes, dirigidos por Conrad von Hötzendorf, pasaron al ataque a lo largo del Isonzo.

Un fallo táctico de Cadorna fue aprovechado por el XIV ejército alemán (von Below) para romper el frente italiano en *Caporetto*. La retirada de las tropas del general Capello se convirtió pronto en una precipitada huida. En pocos días casi 300.000 hombres se rindieron al enemigo. Sólo tras el río Piave, peligrosamente cercano al Po, se pudo recomponer la línea defensiva italiana.

Cadorna tuvo que dejar su puesto al general Armando Díaz. Los aliados enviaron a Italia al general Foch con ocho divisiones anglo-francesas y para finales de año el frente se había estabilizado.

Hindenburg compartía el criterio de Falkenhayn sobre el frente ruso: era preciso liquidarlo antes de presionar sobre Francia. La ofensiva de Brusilov había continuado el formidable avance austro-germano de 1915, pero en los inicios del año 17 los rusos aparecían debilitados y bajos de moral y los alemanes acumulaban importantes efectivos en la zona.

El frente oriental

Pero, pese a las favorables condiciones que ofrecía la revolución de marzo, las fuerzas de los Imperios Centrales tardaron mucho en tomar la iniciativa. Las ofensivas de Nivelle en Francia y de Cadorna en Italia aconsejaban un compás de espera que se veía beneficiado por las dificultades internas de los rusos.

Durante los primeros días del verano, el Gobierno Lvov decidió hacer un nuevo esfuerzo por penetrar en el dispositivo enemigo. Brusilov, que se mantenía en las posiciones ganadas a los austriacos en Galitzia, desencadenó el 1 de julio la última ofensiva de envergadura del Ejército ruso.

El VIII ejército (Kornilov) atacó en dirección a Lemberg, pero tuvo que detenerse y retroceder a los pocos días. La descomposición del Ejército era tan grande que los refuerzos preparados se habían negado a entrar en combate.

Una ofensiva paralela desarrollada en Moldavia por el Ejército rumano en julio y agosto tampoco alcanzó sus objetivos. Las tropas del general Averescu, entrenadas por oficiales franceses, no pudieron penetrar en los Cárpatos pese a sus reiterados intentos (batalla de *Maraseti).*

Pasaron entonces los austro-alemanes al ataque. En el otoño reconquistaron casi toda Galitzia y la Bukovina austriaca, pero en territorio ruso apenas avanzaron y su único



Artillería francesa en el frente de Salónica, 1915

éxito importante fue la ocupación de Riga el 3 de septiembre. Cuando los bolcheviques propusieron el inicio de conversaciones para un armisticio, el frente ruso se mantenía todavía firme.

En los Balcanes, la actuación del cuerpo franco-británico se veía condicionada por la compleja situación griega. El Gobierno aliadófilo de Venizelos en Salónica era repudiado por el rey Constantino, a quien se consideraba partidario de las potencias orientales. En diciembre de 1916 se llegó a una ruptura entre ambos y las fuerzas reales cortaron el ferrocarril de Atenas a Salónica, bloquearon las costas de Tracia y Macedonia y atacaron a los marinos franceses que habían desembarcado en El Pireo.

Hasta el mes de junio de 1917 no pudieron reaccionar los aliados. Enviaron entonces al general Jonnart a Atenas, quien exigió la salida del rey hacia el exilio. Le sustituyó su hijo Alejandro, y Venizelos, que había vuelto a la capital como primer ministro, declaró la guerra a los Imperios Centrales.

Resuelto el problema griego, las fuerzas de Sarrail —un heterogéneo conglomerado de franceses, ingleses, italianos y serbios— se dispusieron a atacar al enemigo —alemanes, austriacos, búlgaros y turcos— en toda la extensión del frente macedonio. No obstante, hubo que esperar hasta que, en la primavera de 1918, el Ejército griego estuvo en condiciones de actuar.

El Próximo Oriente

La crítica situación que atravesaban las fuerzas turcas en Armenia pudo ser salvada a lo largo de 1917 gracias al desmoronamiento del Ejército ruso. Para el verano, los otomanos estaban en condiciones de pasar a la ofensiva hacia el Cáucaso.

Sin embargo, la amplitud de los frentes a cubrir por las tropas del sultán dispersaba y esterilizaba sus esfuerzos. A comienzos de año, Enver Pachá mantenía 12 divisiones frente a los rusos en Armenia y cinco en Persia; oponía a los británicos diez divisiones en Palestina, cinco en Mesopotamia y una en el Yemen; y, además, concentraba otras seis en Tracia, cinco en los Dardanelos y una en Rumania. En conjunto, un pequeño ejército con un amplísimo territorio que proteger.

Los británicos se apoyaban en dos puntos para progresar hacia el interior del Asia otomana: en Mesopotamia mantenían una cabeza de puente tras el desastre de *Kut*. En febrero de 1917 las tropas del general Marshall comenzaron a remontar el Tigris. El 24 cayó Kut nuevamente en su poder. El 7 de marzo los británicos y neozelandeses entraron en Bagdad. A finales de ese mes, una columna se desviaba hacia el Eufrates y amenazaba Siria y Anatolia.

Los turcos, más preocupados por el frente palestino, retrocedían sin ofrecer apenas resistencia. Tras un largo paréntesis provocado por el verano, los británicos alcanzaron Tikrit, en el Tigris medio, en noviembre.

Las operaciones en Palestina fueron más lentas. Tras forzar el paso de Suez en agosto de 1916, las tropas del general Murray avanzaron penosamente por el Sinaí, venciendo la obstinada resistencia de los turcos. Un desastroso ataque contra Gaza le costó el puesto a Murray, que fue sustituido en abril de 1917 por Allenby.

Este consiguió tomar la plaza de Beersheba en octubre y, ayudado por los árabes de Hussein, señor del Hedjaz, se apoderó de Palestina en los dos meses siguientes. El 9 de diciembre, Allenby entraba en Jerusalén y se disponía a introducirse en el corazón del Imperio.

El último año de la guerra tuvo un desarrollo muy diferente al de sus precedentes, y ello obedeció fundamentalmente a tres causas militares y a una de carácter social.

El definitivo derrumbamiento bélico de Rusia permitió a los alemanes trasladar enormes fuerzas al teatro francés y atacar, por primera vez desde 1914, en toda la extensión del frente. La llegada masiva de material y tropas de los Estados Unidos posibilitó a los aliados contraatacar victoriosamente en el verano y el otoño. Por otro lado, el implacable avance de los fránco-británicos en los frentes considerados hasta entonces secundarios —los Balcanes y el Próximo Oriente— acarreó el colapso de Turquía y Bulgaria y el principio del fin para las Potencias Centrales.

El desenlace (1918)

En el plano social, la prolongada crisis económica y los sacrificios exigidos a la población, junto con la influencia de la revolución rusa, provocaron los movimientos revolucionarios internos que darían la puntilla a Alemania y Austria-Hungría a finales de año.

Durante los tres años precedentes ambos bandos habían consumido ingentes cantidades de hombres y de material. Grandes zonas del Continente habían sido devastadas por los combates y arruinadas por la ocupación militar. Frustradas reiteradamente las salidas al conflicto mediante una victoria de las armas, era cada vez más evidente que se alzaría con el triunfo el bloque que resistiese más, que demostrara una mayor capacidad para devolver los golpes del adversario.

Los alemanes habían jugado esa baza con la guerra submarina. Mediante ella buscaban el estrangulamiento económico del adversario. Pero esta medida extrema no sólo se había revelado insuficiente, sino muy perjudicial, por cuanto implicó la entrada de los Estados Unidos en la guerra.

A comienzos de 1918, los Imperios Centrales estaban mucho más cerca del agotamiento que sus rivales, pese a que su territorio no había sido prácticamente afectado por la guerra. Los efectos del largo bloqueo se dejaban sentir de un modo inequívoco y la falta de brazos para la agricultura provocaba una permanente penuria de alimentos. La producción de trigo en Alemania había descendido a la mitad de la cosecha de 1913 y otros productos, como los combustibles, escaseaban cada vez más. En Austria el problema se planteaba de un modo aún más agudo y el racionamiento era rigurosísimo.

Por otra parte, la revolución bolchevique ejercía un fuerte atractivo para los trabajadores y soldados de uno y otro bando. La *unión sagrada* de los socialistas con los partidos burgueses había muerto en todas partes a lo largo de 1916 y 1917 y sólo la represión gubernamental o el interés nacional mantenían la necesaria cohesión social. El ansia de paz y la esperanza de una revolución inminente resucitaba en el proletariado los añejos ideales internacionalistas y confería un valor de símbolo y modelo a la dictadura bolchevique.

También en Francia, Gran Bretaña e Italia los trabajadores se enfrentaban abiertamente con las consignas belicistas de sus Gobiernos. Los movimientos huelguísticos tomaban en muchos casos un carácter de rebelión política, pero en su fondo subyacía el cansancio de la guerra y la protesta por las difíciles condiciones económicas.

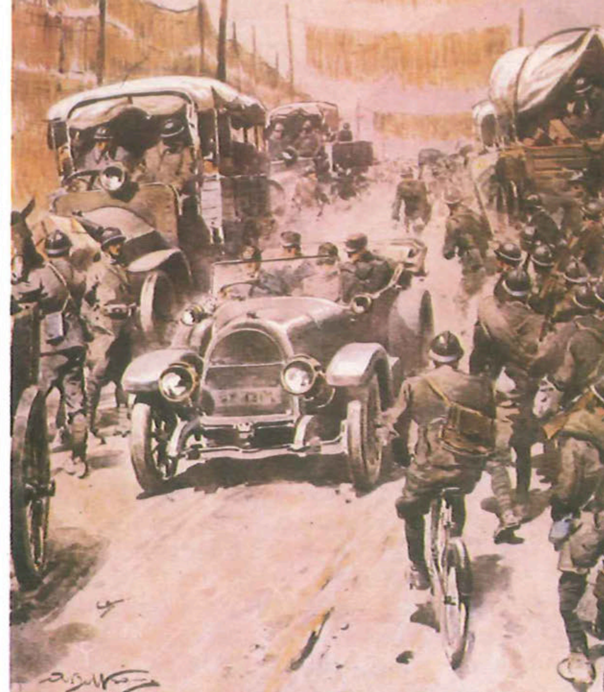
Aun así, la situación de los países de la Entente era muchísimo mejor que la de sus adversarios. Al dominio de los mares y a las disponibilidades crediticias se había ido sumando la entrada en guerra de nuevos países —Portugal, China, Brasil...— que aportaban su esfuerzo al triunfo aliado. A los franceses, británicos e italianos les bastaba con aguantar hasta la llegada de los norteamericanos. Luego podrían ganar la guerra.

A pesar de estas circunstancias, eran cada vez más los que veían la solución en una paz negociada, por la que se establecieran unas bases equitativas para la convivencia internacional.

Desde el comienzo de la guerra eran numerosas las personas e instituciones que habían ofrecido su mediación; destacaban

Recepción de la delegación rusa en Brest-Litovsk (arriba, izquierda). *Retirada italiana tras el desastre de Caporetto* (arriba, derecha). *Mapa del frente ruso desde los comienzos de 1916 hasta la paz de Brest-Litovsk* (abajo, izquierda). *Mapa de las consecuencias de la Paz de Brest-Litovsk* (abajo, derecha)









G. LLORENTE G. LLORENTE

los reiterados ofrecimientos del presidente Wilson, quien en un plan de paz formulado en 1918 —los *catorce puntos*— proponía eliminar todas aquellas causas objetivas que habían llevado al conflicto. Mientras los beligerantes alentaron esperanzas de triunfo, tales iniciativas no fueron tomadas en serio, pero la situación varió a partir de 1917.

Negociando a espaldas de sus aliados alemanes, el emperador Carlos de Austria-Hungría y su ministro de Asuntos Exteriores, Czernin, buscaban la salvación del Imperio. A través de su cuñado, el príncipe Sixto de Borbón-Parma, el emperador propuso a los franceses una paz separada con la Entente en la primavera de 1917.

A cambio de la garantía sobre la conservación de la integridad del Imperio, el Gobierno de Viena se ofrecía a negociar la cesión de Alsacia y Lorena a Francia a cambio de entregar a Alemania la Galitzia austriaca. Dado que esta oferta contradecía las promesas hechas a Italia por el *Tratado de Londres*, los países de la Entente no se dignaron contestar.

También los alemanes habían hecho propuestas de paz separada. Su oferta a los rusos de una *paz sin anexiones* tenía por objeto dejar las manos libres al Ejército alemán para actuar en Europa occidental. El suizo Grimm, encargado de gestionar la paz, fue expulsado por el Gobierno ruso en la primavera de 1917. Pero el triunfo bolchevique varió la situación. A partir de febrero de 1918 la paz ruso-alemana era un hecho y Hindenburg podía volcarse en otros frentes.

En cambio, las conversaciones exploratorias mantenidas con los franceses a partir de una *resolución de paz* adoptada por el *Reichstag* en julio de 1917, fracasaron ante las pretensiones galas sobre Alsacia y Lorena.

Una oferta de paz global fue lanzada por el papa Benedicto XV en agosto de ese año. En su propuesta —comunicada a todos los beligerantes— se pedían soluciones *racionales* para las reivindicaciones francesas e italianas, se solicitaba la liberación de Bélgica y la autodeterminación para Polonia. Unas propuestas demasiado *católicas* —aunque el miedo al socialismo fuera uno de sus principales motores— que nó fueron tomadas en consideración por nadie.

Los triunfos en Caporetto y en Rusia, por un lado, y las victorias en el Próximo Oriente y la esperada intervención norteamericana, por el otro, iban a impedir que, desde el invierno de 1917-18, se formulasen nuevas propuestas de paz honorable.

Tras la firma del armisticio, rusos y austro-alemanes comenzaron a negociar la paz. Las conversaciones se iniciaron en Brest-Litovsk el 22 de diciembre.

Apenas comenzadas, la delegación bolchevique sorprendió a sus interlocutores exhibiendo el *Decreto sobre la paz* de los soviets y solicitando la conclusión de una paz general, sin anexiones ni reparaciones, y que reconociese *el derecho de los pueblos a la autodeterminación*. Las Potencias Centrales se adhirieron, en principio, a la propuesta, pese al peligro que entrañaba para Austria-Hungría, pero pronto mostraron sus cartas.

El delegado alemán, Kühlmann, pretendía que la autodeterminación se aplicase primero a las minorías no rusas del antiguo Imperio zarista. Estos territorios —los países bálticos, Polonia, Ucrania— se convertirían en Estados-tapón sometidos al protectorado alemán. Como los rusos se resistieran a ello, el Gobierno germano reconoció el 9 de febrero la independencia de Ucrania mediante un tratado de paz con el Parlamento nacionalista (la *Rada*). Trostki suspendió entonces las negociaciones.

La respuesta de los austro-alemanes fue contundente. El 18 de febrero iniciaron una potente ofensiva en todo el frente. Los desconcertados soldados rusos, que esperaban la inmediata conclusión de la paz, retrocedieron en desorden.

A principios de marzo, cuando los bolcheviques volvieron a la mesa de las negociaciones, Hindenburg había ocupado los países bálticos, la Rusia blanca, Ucrania, Besarabia y la·Moldavia rumana. Los turcos, por su parte, avanzaban incontenibles por el Cáucaso.

El frente occidental

Abrumados por la derrota y deseosos de salvar la revolución al precio que fuera, los bolcheviques aceptaron todas las condiciones. Por el Tratado de paz firmado el 3 de marzo de 1918, Rusia perdía Finlandia, Estonia, Livonia, Lituania, Ucrania y las provincias caucásicas. También abandonaba Besarabia, que, declarada autónoma en principio, fue luego entregada al gobierno-títere instalado por los alemanes en Bucarest (mayo). A cambio, Rumania cedía la Dobrudja meridional a Bulgaria.

Soldados franceses con máscaras antigás en una trinchera, 1917



La paz de Brest-Litovsk hizo concebir a Hindenburg grandes esperanzas. La capitulación de Rusia permitía el traslado al frente francés de casi un millón de combatientes veteranos y de abundante armamento.

Con estas fuerzas montó Ludendorff una ofensiva que se proponía hundir el frente francés antes de que la llegada de los norteamericanos inclinase la balanza del lado de los aliados.

Divididas en dos grupos de ejércitos, las 172 divisiones acumuladas entre Flandes y Lorena pasaron al ataque a finales de marzo. En el Somme, los ejércitos de Below, Marwitz y Hutier rompieron el dispositivo aliado. Peronne, Montdidier y otras importantes plazas cayeron en poder de los alemanes en pocos días.

Esta segunda *batalla del Somme* provocó una grave crisis entre los aliados. Acusados de falta de coordinación, Pétain y Haig fueron obligados a someterse al mando supremo del general Foch, quien, cerca de Amiens, logró cortar la ofensiva enemiga hacia los puertos del canal.

El 9 de abril, Ludendorff lanzó una nueva operación, esta vez sobre Flandes. Pese a la captura de Armentiéres, los germanos no lograron alcanzar Calais, lo que hubiera supuesto el cerco del Ejército belga.

Una tercera ofensiva, iniciada el 27 de mayo entre el Oise y Champaña, obligó a los franceses a repasar apresuradamente el Aisne y el Marne. Soissons y Chateau-Thierry cayeron en poder de los alemanes. Reims quedó prácticamente cercada y volvió a plantearse la amenaza sobre París.

Sin embargo, no se pasó de ahí. Las tropas de Pétain resistieron en el Marne y en Champaña cuantos ataques se les lanzaron en junio y julio. Ludendorff tuvo que darse por vencido. La *segunda batalla del Marne* se saldaba con un triunfo defensivo de los franceses.

Aureolado por la victoria, Foch se convirtió en comandante supremo de todas las fuerzas aliadas. Decidido a no dar tregua a los alemanes, desencadenó sobre la marcha una contraofensiva. Entre el 18 de julio y el 8 de agosto los grupos de ejércitos de Fayolle y Maistre —siete ejércitos perfectamente equipados— recuperaron todo el terreno perdido en los meses precedentes *(contraofensiva de rescate).*

Ese último día, el 8 de agosto, el IV ejército británico de Rawlison rompió definitivamente el frente alemán frente a Amiens. Ludendorff ordenó el repliegue hacia la *línea Hindenburg,* pero un ataque aliado a lo largo de toda la línea le hizo saltar en varios puntos (26 de septiembre-11 de octubre).

Una segunda barrera defensiva levantada apresuradamente apenas contuvo dos semanas a las tropas de Foch, que eran muy superiores en número y armamento. En Lorena, los norteamericanos de Pershing presionaban también a la débil línea alemana.

El Ejército alemán se replegó hacia la frontera belga, perseguido implacablemente por 12 ejércitos aliados. Cuando se firmó el armisticio, el 11 de noviembre, el frente formaba una línea oblicua entre Gante y la

frontera suiza. En junio, los austriacos emprendieron una ofensiva en Italia con tropas llegadas de Ucrania, pero fueron fácilmente contenidos. Pese a ello, los aliados no estuvieron en condiciones de recuperar lo perdido en Caporetto hasta el otoño.

El 25 de septiembre el general Díaz atacó en el Alto Adigio. Poco después los aliados repasaban el Piave y el 24 de octubre infligían a los austro-alemanes la decisiva derrota de *Vittorio-Véneto*. El 3 de noviembre, anticipándose a su derrota final, el Ejército austriaco de Italia se rendía en Padua.

El colapso general de los Imperios Centrales se hizo aún más patente en los Balcanes, donde hasta entonces los anglo-franceses se habían mantenido prácticamente a la defensiva. Reforzado por el Ejército griego, el comandante aliado, Franchet d'Esperey,



Combate aéreo en los meses finales de la guerra

Amberes
Colonia
FLANDES
Calais
9-IV-18
Bruselas
Lille
Mosa
Lieja
Rin
BELGICA
Spa
Maubuge
Cambrai
Amiens
Peronne
21-III-18
Mosela
ALEMANIA
Montdidier
Mezières
La Fére
Luxemburgo
9-VI-18
Rouen
Compiegne
Reims
27-V-18
Metz
Verdún
Sena
15/17-VII-18
Ch. Thierry
Epernay
París
CHAMPAÑA
Toul
Estrasburgo
Marne
Epinal
FRANCIA

LAS OFENSIVAS ALEMANAS DE 1918

El frente a comienzos de 1918
Ocupado en marzo y abril
Ocupado en mayo
Ocupado en junio y julio
Ofensivas alemanas

G. LLORENTE

Mapa de las ofensivas alemanas en la primavera y verano de 1918

Tropas británicas trasladando a un prisionero alemán en el Somme

Mapa del asalto aliado a las líneas alemanas entre julio y noviembre de 1918

Amberes
Brujas
Gante
Dunquerque
Calais
Bruselas
Lieja
Mosa
Rin
BELGICA
Spa
Lille
Arrás
Maubeuge
Le Catêau
Peronne
Mosela
Mezières
Montdidier
Luxemburgo
Rouen
Compiegne
Rethel
ALEMANIA
Soissons
Reims
Aisne
Verdún
Metz
Ch. Thierry
Epernay
Chalons
St. Mihiel
París
Nancy
Bombon
Marne
Sena
FRANCIA

LAS OFENSIVAS ALIADAS DE 1918

Frente el 18-VII-1918

Contraofensiva de rescate (julio/agosto de 1918)

Ofensiva sobre la «línea Hindenburg» y batalla de St. Mihiel (agosto/septiembre de 1918)



Ofensiva general (26 sept./11 oct.)



Ultimas ofensivas hasta el 11 de noviembre

G. LLORENTE

Cronología

	FRENTE OCCIDENTAL	FRENTE ORIENTAL	FRENTES EXTRAEUROPEOS
1914	*Declaraciones de guerra entre Francia, Alemania y Austria. Los alemanes invaden Bélgica. Gran Bretaña declara la guerra a Alemania. Los alemanes entran en Francia. Batalla del Marne, contraofensiva francesa. Estancamiento de las posiciones. Las tropas anglo-belgas detienen el avance alemán hacia el Canal.*	*Asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo. Austria y Alemania, en guerra con Serbia y Rusia. Retirada alemana ante los rusos en Prusia oriental. Hindenburg detiene el avance ruso en Tannenberg y Lagos Masurianos. Ofensiva rusa en Galitzia. Los alemanes penetran en la Polonia rusa.*	*Japón declara la guerra a Alemania. Los japoneses conquistan el enclave alemán de Kiaocheu, en China. Francia y Gran Bretaña declaran la guerra al Imperio otomano. Destrucción de la flota alemana del Pacífico.*
1915	*Intento de ruptura del frente alemán en Artois y Champagne. Tratado de Londres. Italia entra en guerra al lado de la Entente. Guerra de posiciones. Conferencia de Chantilly. Unificación de las operaciones aliadas.*	*Ataque general de los austroalemanes. Los rusos se repliegan a la línea San-Dniester. Ofensiva alemana. Ocupación de Polonia y Lituania. Los austríacos ocupan Serbia. Bulgaria entra en guerra al lado de las potencias centrales. Fracaso anglo-francés en los Dardanelos.*	*Ofensiva turca sobre el canal de Suez. Ocupación del Africa del Sudoeste alemana. Hundimiento del transatlántico* Lusitania. *Campaña antialemana en Estados Unidos. Desembarco británico en el golfo Pérsico.*
1916	*Ofensiva alemana en Verdún. Ofensiva aliada sobre el Somme. Exito. Ataques austríacos en el Trentino. Los italianos presionan sobre la línea del Isonzo.*	*Ofensiva rusa en Bukovina y Galitzia (ofensiva Brusilov). Las tropas francesas de Salónica ocupan Monastir, en Macedonia. Rumania entra en guerra al lado de la Entente. Ofensiva de las potencias centrales, que ocupan casi todo el territorio rumano.*	*Ofensiva rusa en Armenia. Toma de Erzerum y Trabzon. Batalla naval de Jutlandia. Los británicos ocupan la península del Sinaí, pero son contenidos ante Gaza.*
1917	*Ofensiva aliada en el* Chemin des Dames. *Los alemanes se repliegan en Francia. Ofensiva italiana en el Carso, neutralizada por los austríacos. Contraataque y desastre italiano de Caporetto. Ofensiva británica en Flandes. Primera utilización de carros de combate.*	*Revolución rusa. Abdicación del zar Nicolás II. Ofensiva rusa en Galitzia. La contraofensiva alemana permite la recuperación de Galitzia y Bukovina. Revolución de octubre en Rusia. Armisticio ruso-alemán.*	*Estados Unidos declara la guerra a Alemania. Los británicos ocupan Palestina y entran en Bagdad.* Declaración Balfour *sobre el problema judío.*
1918	*Ofensiva general alemana en el frente francés. Los alemanes llegan al Marne, pero son contenidos. Contraofensiva aliada en Francia, con participación de las tropas americanas. Ruptura del frente alemán. Ofensiva aliada en el frente italiano. Armisticio de Compiègne. Rendición del Elército alemán.*	*Paz de Brest-Litovsk entre Rusia y los Imperios centrales. Los aliados rompen el frente búlgaro en Macedonia. Los aliados liberan Serbia, ocupan Bulgaria y atraviesan el Danubio. Desintegración del Imperio austro-húngaro. Intervención aliada en la guerra civil rusa.*	*El Imperio otomano reconoce su derrota por el armisticio de Mudros. Las tropas de Allenby ocupan Siria y Líbano. Los británicos intervienen en el Cáucaso y en el Asia central rusa.*

aguardó hasta septiembre para lanzarse sobre los búlgaros.

Hacia la paz

El sector elegido, una franja atrincherada de 20 kilómetros en el macizo de *Dobro Pole,* sólo resistió la acometida de la infantería y la aviación durante cinco días. Luego, el frente búlgaro se hundió. A través del valle del Vadar las tropas de la Entente penetraron en la Macedonia serbia en dirección a Skopje.

El Alto Mando búlgaro intentó un repliegue ordenado, pero los motines que ya se habían desencadenado el año anterior se reprodujeron entre algunas unidades en retirada. La sublevación se extendió entre las tropas hambrientas, que proclamaron la República y marcharon contra Sofía.

Las unidades leales al rey Fernando, reforzadas por un contingente austro-alemán, les derrotaron, pero el primer ministro, Malinov, negoció el armisticio con los aliados y obligó al monarca al exiliarse (29 de septiembre).

En el Asia otomana, los británicos reemprendieron su ofensiva en marzo de 1918. Las tropas de Marshall remontaron el Tigris y penetraron en la neutral Persia para alcanzar un objetivo precioso: los pozos petrolíferos de Bakú, que el hundimiento de los turcos amenazaba con dejar en manos de los bolcheviques.

En Siria, Allenby encontró grandes dificultades para vencer la resistencia del IV ejército turco, mandado por Mustafá Kemal. Pero finalmente lo consiguió: el 1 de octubre cayó Damasco; el 25, Alepo. Cuando, derrotados en todos los frentes, los otomanos capitularon en la isla de *Mudros* (30 de octubre), los británicos marchaban por el interior de Anatolia, en ruta hacia Estambul.

La rendición de Bulgaria dejó abiertas las puertas del Danubio a los aliados. Actuando como avanzada, los serbios recuperaron Belgrado el 1 de noviembre. Al mismo tiempo, otra columna se había abierto paso a través de territorio búlgaro hacia Rumania.

El emperador Carlos, que en el manifiesto a sus pueblos del 17 de octubre, había prometido el establecimiento de una monarquía federal, tuvo que rendirse a la evidencia. Ya era tarde para salvar al Imperio.

El 29 de octubre la *Dieta* croata proclamó la independencia. Once días después, en Ginebra, los representantes de los eslavos meridionales del Imperio acordaban unirse con Serbia y Montenegro en un nuevo Estado.

En Bohemia, los checos anunciaban también la creación de un Estado propio. Y, finalmente, Hungría rompía sus lazos con los Habsburgos. El 13 de noviembre, el Imperio se rendía y Carlos I abdicaba de un trono, que ya no existía.

En Alemania el hundimiento de sus aliados decidió al káiser a buscar la vía negociadora. Para ello designó canciller al príncipe Max de Baden, que pidió la colaboración gubernamental al ala derecha de los socialdemócratas.

El 3 de noviembre estalló un motín en la base naval de Kiel. La sublevación se extendió como la pólvora y —pese a la oposición de los socialistas gubernamentales— comenzaron a aparecer *Consejos* de obreros y soldados en sustitución del poder imperial.

El día 9, Max de Baden cedió su puesto al socialdemócrata Ebert. Guillermo II abdicó y huyó a Holanda. Dos días después, en *Rethondes,* Matthias Erzberger firmaba la capitulación en nombre de Alemania. La Gran Guerra había concluido.

Bibliografía

León, P., *Historia económica y social del mundo,* volumen V, *Guerra y crisis,* Madrid, 1979. Lestien, G., *La Primera Guerra Mundial,* Barcelona, Salvat, 1952. Mommsen, W. J., *La época del imperialismo. Europa, 1885-1918,* Madrid, Siglo XXI, 1971. Palmade, G., *La época de la burguesía,* Madrid, Siglo XXI, 1978. Reed, J., *Diez días que estremecieron el mundo,* Barcelona, Orbis, 1985. Renouvin, P., *La Primera Guerra Mundial,* Barcelona, Oikos-Tau, 1972. Id., *Historia de las Relaciones Internacionales,* Madrid, Akal, 1982. Id., *La crise européenne et la Première Guerre Mondiale,* París, P.U.F., 1962. Rogger, H., y Weber, E., *La derecha europea,* Barcelona, Luis de Caralt, 1971. Shub, D., *Lenin* (2 vols.), Madrid, Alianza, 1977. Taylor, A. J. P., *La guerra planeada,* Barcelona, Nauta, 1971. Valluy, J. E., *La Primera Guerra Mundial,* Barcelona, Carroggio, 1972. Zenan, Z. A. B., *El ocaso de los Habsburgo,* Barcelona, Nauta, 1970.

Estamos haciendo futuro.



Telefónica